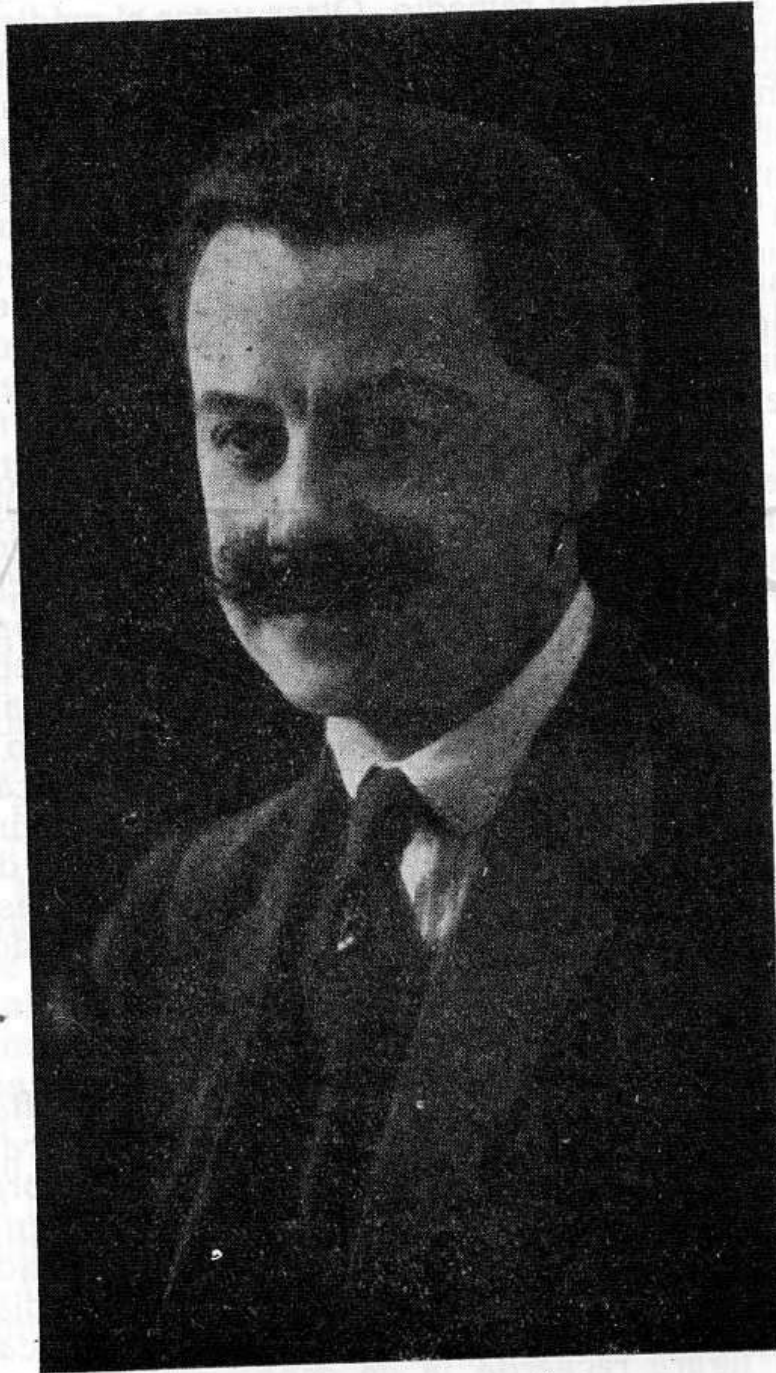


Don Lope de Sosa

323

ESCRITORES Y ARTISTAS
EDUARDO ARROYO



NADIE diría al visitar la casa del reputado médico D. Eduardo Arroyo, que en ella íbamos a encontrar para el espíritu algo que no fueran las dolorosas tristezas de un continuo desfile de enfermos. Lo mismo da ir allí de día que de noche, porque cuando no es la hora de la consulta, es la hora de los trabajos de laboratorio. Unas veces los pacientes, con sus rostros de ansiedad y de dolor, buscando el consejo y el remedio. Otras veces el médico, buscando en el resultado de los análisis los orígenes y las causas de aquellas enfermedades.

Eduardo Arroyo y Sevilla—DON LOPE tiene, por sus años, autoridad para suprimir el «dóminus»—cuenta treinta y seis años de edad y lleva catorce en el ejercicio de la profesión facultativa, de ellos seis en Jaén y los demás en Torredelcampo, donde nació y donde vive su padre, del mismo nombre y muy respetable en el ejercicio de la misma carrera. Eduardo Arroyo se licenció en la Facultad de Granada, estudió mucho, puso sus cinco sentidos en la medicina interna, completada con un perfecto y magnífico laboratorio clínico, y siguiendo el procedimiento de Martinet de efectuar el máximo de observaciones en el mayor mínimo de tiempo, estableció su consulta limitada a seis enfermos por día, cuyo minucioso exámen lleva a cabo, formando a cada uno su ficha clínica, obteniendo los gráficos precisos y complementando su trabajo con los análisis que, inmediatamente, efectúa, por procedimientos y con aparatos tan nuevos como bien entendidos y manipulados. Y esta es la labor científica, de lunes a sábado, incansable, algo agotadora, de este muchacho, sabio y bueno, que hace de su clínica un templo y de su misión de curar un sacerdocio. Y he dicho de lunes a sábado, porque Eduardo Arroyo descansa los domingos, si descanso es cambiar las actividades de observación médica por las de lector que se pasa el día de fiesta devorando revistas y leyendo libros de arte, de arqueología, de historia.



Basta abrir una pequeña puerta de la sala de consultas, y entrar en las habitaciones particulares de Eduardo Arroyo, para encontrar, junto a la casa del hombre de ciencia, la casa del hombre de espíritu delicadísimo que liba, mariposeando genialmente, en las flores de toda cultura. Eduardo Arroyo necesita esas delectaciones como sedante a una actividad nerviosa que llevan a él los diarios estudios y los complejos casos que se ofrecen en su clínica. Eduardo Arroyo, cuya figura recuerda la de esos «virtuosos» que reúnen a los buenos amantes de la música en las grandes salas de conciertos, es un violinista estimable; pero su afición por la música

(autogenial o mecánica) afición que todos los que forman su hogar, comparten con él, le lleva a reunir caprichosamente cuanto con variedad puede ser deleite del espíritu. Por eso, en aquel coquetón saloncito, acompañan al violín—dormidas muchos días las cuerdas y las vibraciones—un arpa, una cítara, una guitarra, una pianola, un gramófono y un numeroso archivo de partituras, discos y rollos. Coquetona habitación he dicho, porque en paredes y en muebles y estantillos, ligeros y múltiples, hay retratos y cuadritos muy bien hechos, y libros de valiosas encuadernaciones y una sugestiva combinación de «bibelot» de los refinados tiempos de ahora y de curiosidades antiguas, valiosas e interesantes. Flota en el ambiente aquel, algo que baña el ánimo de cosas gratas, porque todo se mete por los ojos, interesante y amable y los instrumentos músicos parece que solo esperan, como el arpa de la «Rima» de Bécker, que, impulsado el genio, les arranque los secretos de sus armonías.



«Del salón en el ángulo oscuro», con un foco eléctrico a la espalda, está el «taxiphote», que expresa la afición artística más interesante, permanente y valiosa, de Eduardo Arroyo: la fotografía. Después de Cerdá y Rico—el gran maestro, el inolvidable maestro de la fotografía verascópica—dudamos que en esta provincia haya quien tenga hecho y archivado mayor número de placas. En los almacenes de Eduardo Arroyo—muy discretamente catalogados y dispuestos para presentar las series en el «taxiphote»—hay muchos cientos de esos cristallitos que dan, vistos con el lente, impresiones de realidad y efectos maravillosos de perspectiva. Eduardo Arroyo, sigue, en esas aficiones, los métodos y las tendencias de Cerdá y Rico. Sus máquinas—las más perfectas y costosas—van siempre con él. Hay quien se hace acompañar de un amigo, que suele salir luego infiel; hay quien se hace acompañar de un perro, que no suele ser tan infiel como un amigo. Eduardo Arroyo, no tiene más compañía, permanente, inseparable—muda, pero veraz y fidelísima—que su amado veráscopo.

También, como Cerdá y Rico, cultiva la fotografía en la escala superior de teoría y técnica. Las mejores obras acerca de ella, las revistas mundiales que de ella dicen la última palabra, las tiene y las estudia. Ensayo procedimientos nuevos, ampliaciones atrevidas, efectos admirables. Y en esto Eduardo Arroyo no niega su amor profesional. Su laboratorio fotográfico, es a la vez recreo y continuación de su laboratorio clínico.



A vuela pluma trazados los caracteres de Eduardo Arroyo, en sus relaciones con la actividad artística, fáltanos señalar el aspecto más importante de ella: su colaboración asidua, no ya solamente con la aportación gráfica para la publicación, sino contribuyendo a diario con datos, noticias, y elementos que enriquecen además de los estudios de arte, los de historia, los de arqueología, los de tipismo regional o local, los de cuadros de costumbres, dando además a conocer verdaderas maravillas naturales del país.

Débesele a Eduardo Arroyo el descubrimiento de la muralla ciclópica, y de las numerosas tumbas ibéricas, próximas a la hermita de Santa Ana, en Torredelcampo, así como el hallazgo de un monote de hueso, rarísimo ejemplar y de otros objetos interesantísimos existentes en aquellos parajes. Y débesele un número inmenso de fotografías de monumentos, de inscripciones, de detalles curiosos de las poblaciones y de los campos, que pasan y pasaron muchos años desapercibidos a la mirada de historiadores, excavadores y geógrafos y que él en sus viajes y en sus paseos, recoge, con su máquina, deteniéndose cuantas veces sean precisas, y llevando con esa contribución inestimable un verdadero caudal al acervo de nuestras papeletas de datos y de citas arqueológicas. Y es que en esto, Eduardo Arroyo, sigue la trayectoria de sus inclinaciones, como la sigue en el laboratorio fotográfico. Aquel es una prolongación de su laboratorio clínico. Su espíritu curioso, minuciosamente observador, le hace convertir sus geniales percepciones de las bellezas naturales y monumentales, en una prolongación de las investigaciones de su consulta.



Ahí tenéis una impresión del médico y del artista. Sumar a ello una bondad infantil, un ejemplo de vida ciudadana y una modestia sin hipocresías, y tendréis al hombre.

Alfredo Cazabán

Cronista de Jaén

AL BUEN PAGADOR....

Rogamos a nuestros suscritores abonen dentro del mes de Diciembre el trimestre de suscripción que en él termina, para que quede en el año liquidada la cuenta. Giraremos dentro del mes a los que no lo hicieran. Rogámosles nos eviten este quebranto. Reconocidos.